

Marañón Habla de los Intelectuales Políticos

Un escritor francés, de los más dignos de su categoría (no me refiero a su arte sino a su responsabilidad), expresaba hace pocos días su protesta ante la frecuencia con que los intelectuales son requeridos para firmar manifiestos políticos, de adhesión o de disentimiento, a estos o a los otros hechos o ideas políticas. Y añadía su resolución de no estampar, nunca más, su nombre en esas líneas borreguiles. La actitud de este escritor — cuya firma hemos visto al pie de docenas y docenas de documentos; y por eso tiene ahora tanta autoridad su rebeldía — está absolutamente justificada. Yo estoy convencido de que han sido los manifiestos de los intelectuales que brotan, con la regularidad del sarampión o de la grippe, en los periódicos de todo el mundo, de un cuarto de siglo a esta parte, una de las causas más importantes de la actual decadencia indiscutible, del intelectual, como factor eficaz de la sociedad moderna.

No he organizado yo uno sólo de ellos. Puedo asegurar al que me crea que jamás he puesto sin molestia mi firma al pie de cada uno de los muchos que han suscrito mis manos, pecadoras. Pero esto no me excusa a mí ni a ninguno de los que piensan como yo. El pecado ha sido de todos y quizá más grave en los que lo cometíamos sin convicción, por razones que ahora podríamos reproducir para justificarnos; pero que en el fondo

no fueron nunca más que disimulos de nuestra cobardía.

Cuando un escritor tiene libre acceso a los órganos de la publicidad bajo la responsabilidad de su nombre, no tiene por qué comprometer este nombre en otros escritos que en aquellos que ostentan al pie, exclusivamente, su firma. Y es evidente que ningún intelectual de una cierta categoría, es decir, precisamente los solicitados por los tramadores de documentos, ninguno de ellos, ni aun los que no son escritores habituales para el gran público, podrían dejar de hallar un lugar de difusión a su pensamiento cada vez que su conciencia les impulse a declararlos.

No tiene duda que cualquiera de los mismos que hemos firmado documentos colectivos, cuando queríamos exponer una opinión espontánea, lo hacíamos, con infinito gusto y sin reserva alguna, bajo nuestra única responsabilidad. Si han tenido que venir a nuestra casa—y a veces para que apoyásemos lo que decía éste o el otro documento, es porque, por propio impulso no habíamos querido pronunciarnos. Ya sé que en estos trances hay siempre un cierto número de gentes que solicitan y se afanan para ser incluidos en la lista de los suscritores; pero, salvo excepciones, se trata entonces, de las firmas que, por lo que sea, no interesan de un modo fun-

damental para valorar la opinión del papel.

—:—

Las razones de este gran error de los manifiestos colectivos, específico del intelectual moderno, son aparentemente muchas, repetámoslo, se reducen a una sola: a la cobardía. Cobardía ante un compromiso de amistad; ante la indicación, explícita o encubierta, de quien puede influir en nuesetra posición o en nuestro porvenir; cobardía, sobre todo, ante el monstruo de la opinión pública. Al intelectual moderno le ha corrompido la servidumbre innoble a la opinión pública. El intelectual de antaño creaba para su propia fruición y pensando en la Historia. El gran público, la opinión "actual", apenas existía para él, porque no existían los grandes medios que pueden hoy poner a cada mente en contacto inmediato con una masa inmensa de hombres, quizá con todo el Universo. Lo que escribía Aristóteles, tardaba años y años en difundirse; lentamente como la mancha de aceite se dilataba sin prisa, desde el núcleo estricto de sus discípulos a otros hombres selectos de su sociedad y de las sociedades vecinas. Un mar, q' es casi un lago, el Mediterráneo, bastaba para servir de muralla a las ideas nacidas en Grecia, durante siglos enteros. Esta localización de las grandes ideas ocurría aun después de descubierta la imprenta; y aun después de circular los periódicos, hasta muy entrado el siglo XIX. Cuando leemos hoy las Historias antiguas, tenemos un falso concepto de la popularidad de los grandes pensadores pretéritos; porque, claro es, los testimonios, esas Historias, están escritas por la minoría culta cuya exigüidad era extrema. Todavía en el siglo XVII el número de Bibliotecas que había en toda Europa era menor que el que hoy posee cualquier Estado humilde; y casi sin excepción pertenecían a grandes señores y eran arcas cerradas a la curiosidad de la calle.

Hoy, no ya un libro fundamental sino un gesto de D'Annunzio o un chiste de Bernard Shaw o la levé anticipación de la sombra del proyecto de un pretendido descubrimiento del Dr. Carrel, lo conocen antes de 24 horas hasta los ciudadanos sin ciudades de la Polinesia. Poco antes de salir de España me habló un conductor de tranvía de la teoría de Spengler. Inútil es añadir que la gloria

de ninguno de los nombrados conservará dentro de veinte siglos, la lozanía renovada que tiene hoy— y para siempre— la del remoto maestro griego. Lo que se gana en popularidad actual, que es frágil superficie, inexorablemente se pierde en profundidad, que es duración ante la Historia.

Cuando uno de los rectores del pensamiento humano publicaba un libro en los siglos pasados, sabía que las inteligencias representativas, durante largo tiempo, se nutrirían de su savia. Un solo volumen bastaba para alcanzar esa conciencia de la peremnidad, que debía ser un sabor de insospechada dulzura al trancé mismo de morir. Ahora, qué gran escritor o qué gran sabio puede pensar que su libro, creado con el mismo afán, dejará en la mente contemporánea una huella menos fugaz que la de las quillas ligeras en el agua? Qué poeta puede aspirar a que sus versos broten, sin llamarlos, a los labios de los hombres pretéritos, como hoy brotan en los nuestros las invocaciones fragantes de Virgilio o las trémulas coplas de Jorge Manrique? A los pocos años de aparecida una obra maestra, yace ya desecha por la súbita popularidad en la sepultura de las Bibliotecas o en los osarios informes de los puestos de lance.

La gloria tiene dimensiones fijas. La actualidad, la popularidad, con sus millones de bocas ávidas, devora la flor recién nacida del pensamiento e impide una raigambre permanente, el lento auge del tronco y los retoños ininterrumpidos, en el porvenir. Pero quién se atreve a la popularidad a esquivarla siquiera, si de de ella vivimos?

—:—

Por no atreverse a superarla, por pura cobardía, el intelectual moderno ha malvendido su autoridad, su jerarquía histórica. Y una de las señales flagrantes de esa mutilación desdichada de su propia categoría, han sido la serie de firmas, las mismas de siempre, en los grupos sempiternos y conocidos, uno frente al otro, en las que se ponía al servicio de algo tan efímero como la política, algo que debiera ser tan eterno como la inteligencia creadora.

Y todo por miedo al monstruo, jamás satisfecho y siempre desmemoriado, de la opinión. A veces también por miedo físico, es cierto, ante peligros reales. . . . Porque hay documentos, perdidos por

ahí, cuyas firmas suponen una triste humillación ante la fuerza. En estos últimos años de la historia revolucionaria de Europa, no ha habido un solo intelectual, ni uno solo, que se haya dejado matar antes que violentar su conciencia. No han faltado, sin embargo, las ocasiones. Pero la raza de los mártires del pensamiento se extinguió cuando el ser intelectual dejó de ser una vocación heroica para convertirse en una triste manera de vivir y de figurar.

—:—

Yo, como el escritor francés, soy uno de los que jamás volverían a firmar documentos. Lo que tenga que decir lo diré sin cirneos; y tampoco lo seré de las ajenas ideas. Pero esto, no puede absolvernos de las culpas pasadas ni consolarnos de nuestra debilidad. El valor de

cada alma humana nadie podrá disminuirlo; pero la intelectualidad, como grupo eficaz, como aristocracia legítima ha muerto como las demás aristocracias. Durará mucho tiempo la esclavitud del pensamiento ante los audaces. Y los resentidos de la inteligencia ajena para autorizar sus fechorías y sus tretas también, pagándola con un pedazo del favor o de la popularidad oficiales.

El intelectual es cierto, ha dejado, desde la Revolución francesa, de tener que adular a los grandes señores para poder vivir. Pero no ha hecho más que cambiar de amo. Ahora tiene que servir a la opinión o a la fuerza bruta.

Han de pasar largos tiempos de expiación antes de que vuelva a ser digno de un Mescenas digno.

G r e g o r i o

M a r a ñ ó n

Adorne su Casa

con

Cuadros y Estatuas

de valor

Así probará Ud. su cultura, categoría social y buen gusto.

VEA LA COLECCION EN LA

Joyería Reba

Gradillas a Sociedad 4